

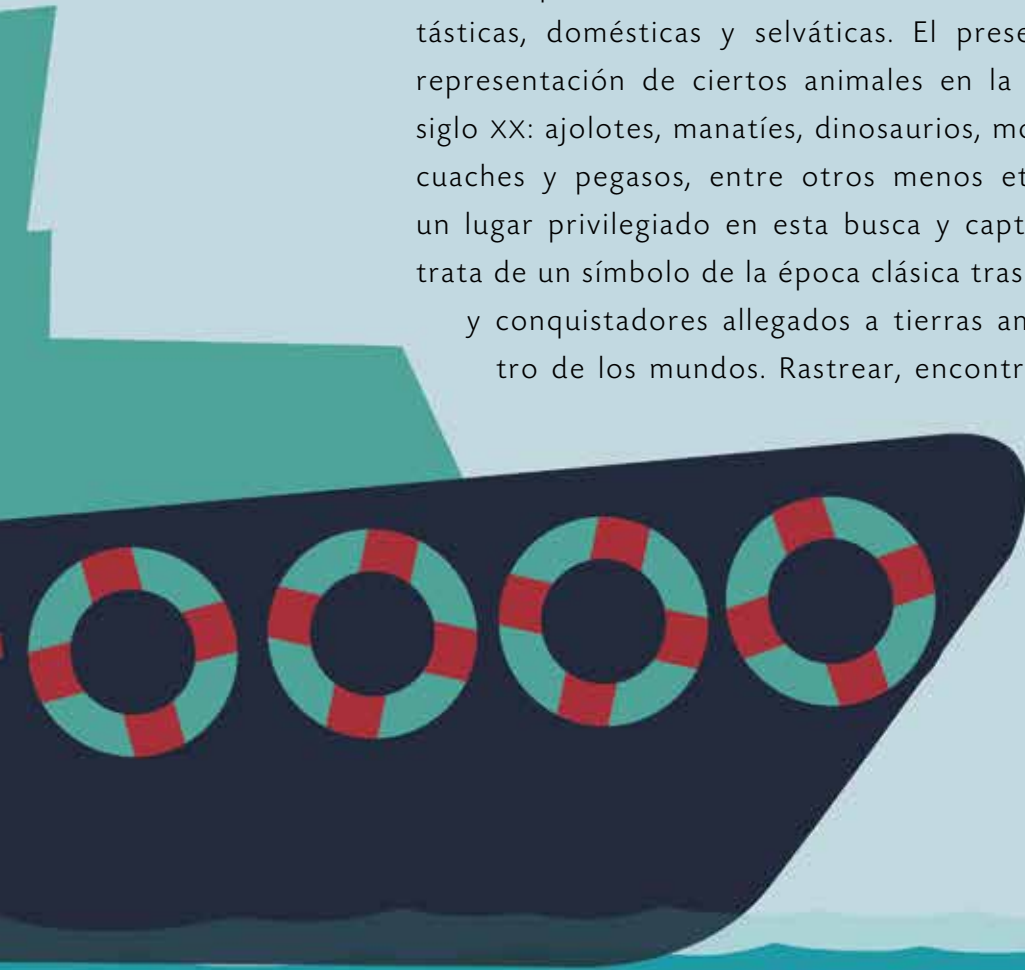
Javier Perucho



El placer de leer y cazar sirenas

En la República de las Letras, la fauna abunda en zoologías fantásticas, domésticas y selváticas. El presente artículo rastrea la representación de ciertos animales en la literatura mexicana del siglo XX: ajolotes, manatíes, dinosaurios, moscas, vacas, sirenas, tlaquaches y pegasos, entre otros menos etéreos. La sirena ocupa un lugar privilegiado en esta busca y captura ensayística, pues se trata de un símbolo de la época clásica trasplantado por los monjes y conquistadores allegados a tierras americanas en el encuentro de los mundos. Rastrear, encontrar y documentar tal espécimen endémico de

la literatura fue un placer, como gozoso será su encuentro con los lectores.



La fauna en la República de las Letras es un caso de heráldica literaria. El manatí, el cocodrilo, el ajolote, el tigre, el dinosaurio, el tlacuache, la vaca, el pegaso y la sirena son animales emblemáticos de la literatura mexicana. Cada uno de estos animales fantásticos, domesticados o selváticos se encuentran representados en sendos libros publicados en México durante el transcurrir de su último siglo. En especial los bestiarios tienen un palpito dominante en la narrativa mexicana.

Con una variedad de sobrenombres se conoce amistosa o familiarmente a muchos de nuestros escritores, apodos que ellos mismos aceptan que se estampen en las carátulas de sus libros. Expongo dos ejemplos para ilustrar esta afición por la zoología de los literatos mexicanos.

En el homenaje que en la Ciudad de México se le rindió en 2014 al poeta Efraín Huerta, una mediana escultura de cocodrilo abrió la procesión que recorrió las calles de la metrópoli; y en la más reciente recopilación de su narrativa periodística –*El otro Efraín. Antología prosística*–, la cauda de este lagarto anida en su portada. A don Efraín se le conocía con el sobrenombre de *El Gran Cocodrilo*.

Otro caso llamativo es el de Eduardo Lizalde, asociado en la vida literaria con el mote de *El Tigre*. El maestro Lizalde es un poeta que en su trato cotidiano acepta que se refieran a él con el alias de sus batallas literarias, o lo interpelen

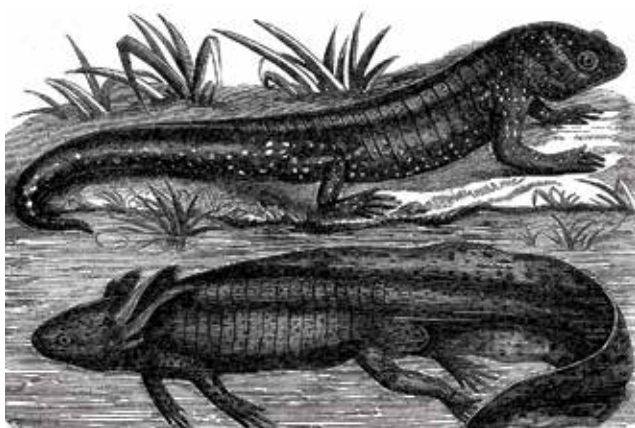




por su nombre ciudadano. *El Tigre*, por cierto, también incursionó en estos ámbitos de las animalias disconformes, pero en la modalidad de las plantas carnívoras, malélicas, soporíferas o venenosas. Su creación se recoge en el volumen *Manual de flora fantástica*.

Asimismo, esta afición por la zoología se halla cultivada en los bestiarios, que abundan en la literatura mexicana, tanto en formas métricas como prosísticas. Uno de ellos fue dedicado al manatí: *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes* (1983). Tal vez éste sea el más famoso de los bestiarios mexicanos, que fue pergeñado por el colonialista peruano José Durán cuando documentó las metamorfosis que sufrió el manatí al transformarse en sirena en el imaginario de los soldados y monjes ibéricos allegados a estas tierras durante el encuentro de los mundos, cuyas apariciones dejaron estampadas en las crónicas de Durán. Tal vez el libro del conquistador compita en fama con el bestiario de Juan José Arreola, *Punta de plata* (luego rebautizado como *Bestiario*), de indudable gloria, piedra angular de la prosística breve.

Otro animal representado en el universo narrativo mexicano es el ajolote, mediante una pesquisa a cargo de Roger Bartra y cuyos hallazgos se encuentran en *Axolotlada. Vida y mito de un anfibio mexicano*. Es una especie de retrato idiosincrático del pueblo mexicano, trazado a partir de este anfibio domiciliado en el lodo de los charcos. Ahí se recoge una diversidad de narrativas literarias y científicas allegadas de otras centurias, hasta aparcar en las pergeñadas durante el siglo que transcurre. Tan apabullante muestrario de batracios no



Ajolotes.



Tlacuache. Tomada de <<http://static.inaturalist.org/photos/770236/original.jpg?1396827393>>.

dejará de asombrar a los lectores por la arqueología cultural con que emprendió su búsqueda este ensayista, pues espigó entre acervos antropológicos, biológicos, plásticos y literarios para proponer una ontología del ser mexicano a partir de este residente de las aguas turbias.

También respuntado por los literatos ha sido el tlacuache, una zarigüeya mexicanista. En *Mitos del tlacuache*, Alfredo López Austin rastrea las configuraciones simbólicas de este animal en las cosmogonías de los antiguos mexicanos. Los descubrimientos, asociaciones y comparaciones de este mamífero con el perdido mundo indígena no dejarán de asombrar al erudito ni al neófito por la minucia con que el autor rastreó en la historia y etnografía para entresacar el significado hermenéutico de este roedor en la cosmogonía mesoamericana. El pobre y feo tlacuache, tan apreciado por los pueblos aborígenes.

Y qué decir ahora de la vaca, ese apacible rumiante que desde su melancolía nos observa postrado a la vera del camino. Por el momento, nada tengo que decirles, pero sí Jacobo Sefamí, quien le dedicó una parte de su tiempo vital para acarrearle su pastito en la antología *Vaquitas pintadas*, que replica muy bien los mugidos de este rumiante en un hermosísimo florilegio, dada la cantidad de poetas, narradores y demás plumíferos que le han dedicado un soneto, un relato o una sencilla viñeta a la dueña de la leche y la costilla que se sirven en nuestras mesas, cuyas representaciones más antiguas

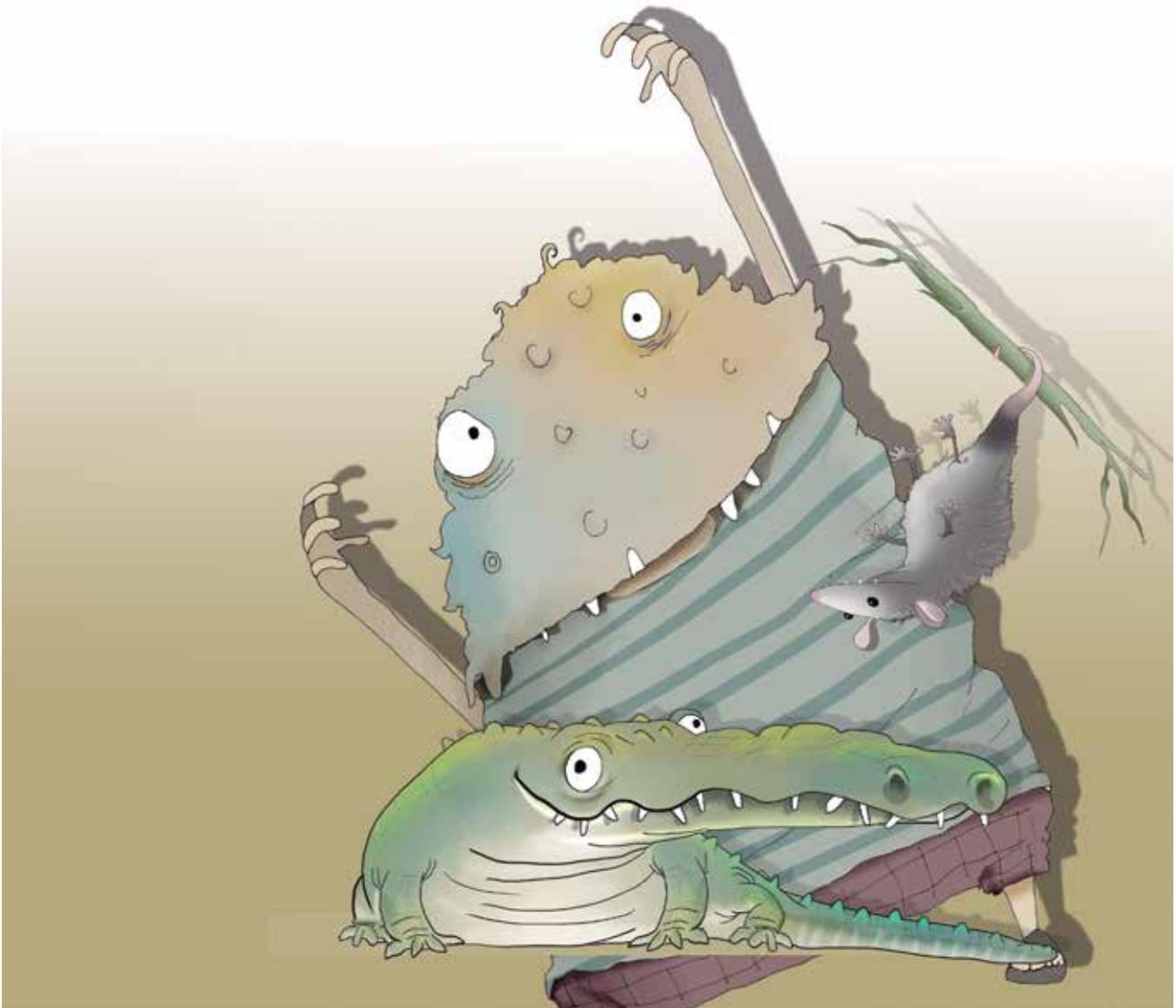
se localizan en los textos sagrados de la India, la China de los emperadores, el Siglo de Oro y en las plumas más ilustres de las centurias recientes.

Afirma uno de los poetas ahí pastoreados:

Y las vacas mugirán con las ubres hinchadas,
con la cola espantarán las moscas y tendrán la
piel húmeda
y palpitante,
y ella pensará,
pensará que se burlan de ella y de su recuerdo y de las
manos del hombre oprimiendo sus pechos [...]

En este recuento, ¿cómo podría pasar desapercibido el dinosaurio si desde Augusto Monterroso está presente en el cuadro de honor de la heráldica literaria que intento bocetar? Monterroso abandonó el mundo mientras sus lectores contemplábamos el retrato de este bicho extinto en una página memorable de su ponderada obra literaria (inspirada, por cierto, en una experiencia del guatemalteco, mientras tertuliaba con José Durán en su departamento en la Ciudad de México).

Otro animal fantástico que recorre la imaginación narrativa es el pegaso. Pero se preguntarán: ¿qué hace





este equino alado en la literatura mexicana? Nomás les cuento una estampa para ilustrar su preeminencia en nuestro imaginario. En el patio central de Palacio Nacional, sede del poder presidencial mexicano, en la cúspide de una fuente de agua, tiene su asiento una escultura del caballo con alas. Tal emblema lo persiguió afanosamente Guillermo Tovar y de Teresa en *El pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*. Para él representó un símbolo de autonomía, liberación y mestizaje en la Nueva España.

Y mientras todos estos animales pastan libremente por las calles, residencias y pasillos de la República Literaria, finalmente llega el turno de las sirenas, cuyas imágenes y siluetas hallamos representadas colorida y jubilosamente en pescaderías, malecones, llaveros, muñecas, abrecartas, portadas de libros o discos, anuncios publicitarios, canciones —¡no olviden las peteneras!—, murales, además de un sinnúmero de artesanías. Estos seres inutilizados por sus mitades fueron espigados en su vertiente lírica por Alejandro García Neria para integrar *Sirenas y toros en la poesía*. Por su trabajo conocemos los empeños de los poetas para entonar la canción de la sirena en ese mar infinito de las literaturas de Occidente. Por cierto, la Décima Musa dejó estampada su versión de este símbolo acuático y terrero, legado homérico. Lleva por título “En que cultamente expresa menos aversión de la que afectaba un enojo”:

No amarte tuve propuesto;
 ¿mas proponer de qué sirve,
 si a persuaciones Sirenas
 no hay propósitos Ulises,
 pues es, aunque se les prevenga,
 en las amorosas lides,
 el Griego, menos prudente,
 y más engañosa Circe?

El bestiario naturalista *El libro de los seres no imaginarios (Minibichario)* merece una explicación. Sigue la estela de los libros colectivos dedicados a la animalia fantástica; fue coordinado por José Manuel Ortiz Soto, médico pediatra que en sus ratos libres impulsa blogs literarios y esculpe la piedra dura del cuento breve entre consulta y consulta, entre niños con tos y otros pacientes alicaídos. En ese ínterin se asoció con los fotógrafos naturalistas Enrique Ramírez García, Beatriz Hernández Meza y Alejandro Boneta, exploradores de esos mundos mínimos donde habitan los ácaros, animales no siempre microscópicos que residen igualmente en el mundo, huéspedes de nuestras casas y promotores de las pesadillas que irrumpen en nuestros sueños.

José Manuel, en acuerdo con este trío de fotógrafos, seleccionó y repartió las imágenes fotográficas entre la grey microficcionalista para que las consideraran un estímulo en su escritura. El medio centenar de cultivadores de micromundos convocado, terminada su encomienda, la mandó al antólogo para su ponderación, quien consideró necesario un tallereo en ciertos casos, labor literaria de la que se desprendieron observaciones, enmiendas y hartas porras. El trabajo más



arduo fue convencer al editor, quien después accedió a publicar el *Minibichario*.

Apelando a esta tradición literaria, hace un año apareció el sirenario de *La música de las sirenas* (2014), donde procuré la figura y las visiones de la sirena en el microrrelato hispanoamericano. Espiga que implicó un par de años de navegar como argonauta en la prosa breve en lengua española para atrapar a este animal anfibio. No estarán todas y cada una de sus apariciones —así objetada, será válida la objeción—, pero el propósito intentó ser inclusivo, pues documenta su traspaso, aparición y cultivo en las comarcas del microrrelato, ya que apuntala sus cultivadores, obras señeras, agrimensores principales, ecos y resonancias en el cosmos narrativo trasatlántico. Luego me dirán si este trabajo del Ulises gustoso bastó para que se aprendieran y luego tararearan las canciones que entonan las sirenas en los confines de la narrativa brevísima. Este argonauta les agradece que no se hayan tapiado el cuenco de sus orejas ni vendado sus pupilas para escuchar el canto sibilante de *La música de las sirenas*.

Finalmente, esos anfibios encallados en sirenas no le cantaban a Ulises, ni mucho menos a Homero. Nomás contaban sus cuitas de amor a la hora del crepúsculo.

Javier Perucho es doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Narrador, ensayista y editor. Autor de *Dinosaurios de papel. El cuento brevísimo en México; Yo no canto, Ulises, cuento. La sirena en el microrrelato mexicano; El cuento jíbaro; La música de las sirenas; Hijos de la patria perdida; y Ocaso de utopías*, entre otros. Ensayos y relatos suyos han sido publicados en Argentina, Chile, Colombia, España, Estados Unidos, Francia, México, Perú y Venezuela. Ha publicado dos libros de narrativa breve: *Enjambre de historias* (colección Naveluz, UNAM, 2015) y *Anatomía de una ilusión* (Dirección de Literatura UNAM, 2016).
jperucho@hotmail.com



Lecturas recomendadas

- Bartra, Roger (2006), *Axolotlada. Vida y mito de un anfibio mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica.
- López Austin, Alfredo (2011), *Mitos del tlacuache*, México, UNAM.
- Ortiz Soto, José Manuel (ant.) (2012), *El libro de los seres no imaginarios (Minibichario)*, fotografías de Enrique Ramírez García, Beatriz Hernández Meza y Alejandro Boneta, México, Ficticia.
- Perucho, Javier (prologoillo, espiga y documentación) (2013), *La música de las sirenas*, Toluca, Fondo Editorial del Estado de México.
- Sefamí, Jacobo (ant.) (2004), *Vaquitas pintadas*, México, UAM-Xochimilco.
- Tovar y de Teresa, Guillermo (2006), *El pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*, Sevilla, Renacimiento.